

CONTRIBUCION AL ANALISIS DE LOS SUEÑOS DE LAS SOCIEDADES PRIMITIVAS

por JOSEP DE RECASENS

Profesor del Instituto Etnológico Nacional
y del Instituto de Filosofía.

Aunque en forma muy destacada hemos hallado en las descripciones etnográficas un interesante aspecto de la actividad onírica en los pueblos primitivos: se trata de las posibilidades que tienen los sueños en tales sociedades, para instituirse como actividades sociales de construcción. Es necesario establecer que la presente definición de primitivos abarca a un gran número de pueblos cuyo atraso puede ser grande si se compara con las culturas occidentales, pero que, en ningún sentido, podrían llamarse verdaderos primitivos y que, en la mayoría de los casos, se hallan más cerca de nosotros que de los estadios primeros de la humanidad. Es necesario, también, establecer un corte, aun a sabiendas de la falsedad que ello puede encerrar, y diremos, así, que consideramos como primitivos a todos aquellos pueblos que no han sobrepasado la etapa neolítica o que son metalurgistas sin aleación intencional, esto en cuanto al aspecto de su cultura material, pues en lo referente a cultura espiritual aceptaremos como línea divisoria la establecida por los trabajos de Levy-Bruhl, ciñéndonos a su clasificación de primitivos.

Si observamos ahora que la situación de la vida material no corresponde indefectiblemente a una situación obligada en cuanto al desarrollo espiritual, y si anotamos también que en infinidad de ocasiones fallan las clasificaciones demasiado fáciles de la escuela de Viena y de los etnólogos de la escuela histórico-cultural, clasificaremos entonces como primitivos todos aquellos pueblos que mentalmente no hayan superado la etapa mítica. No preci-

saremos en este estudio ejemplos tomados de pueblos determinados, ya que el carácter universal de los aspectos tratados nos permite establecer una continuidad y una trayectoria que nos parecen comunes para toda la humanidad; en la bibliografía final, sin embargo, precisamos algunos de estos pueblos y el lector podrá, recurriendo a dicha bibliografía, ver que es de todos los ámbitos de donde hemos sacado datos.

En las definiciones generales, y en aquellos términos o conceptos no aclarados en el texto, como experiencias místicas, animismo, angustia, represión, etc., remitimos al lector a las definiciones generalizadas por los trabajos de Levy-Bruhl y a las concepciones clásicas de la escuela psicoanalista, especialmente a los trabajos de S. Freud, Otto Rank y Jung.

Al tratar de profundizar el análisis de los sueños entre los pueblos primitivos, pretendemos lograr algo diferente del resultado a que conduce el análisis de los sueños personales; en realidad, nos hallamos frente a la investigación de dos problemas diferentes, nuestra misión no tiene nada de psicoanalista y su carácter es más sociológico que individualista. Así nuestro mundo sólo se relacionará con el del primitivo, a través de aquellos elementos que pertenecen realmente a la psicología colectiva; a la vez, hallaremos entre nosotros y los primitivos grandes abismos que la historia abrió para separarnos.

Para nuestra manera lógica de pensar, la realidad sólo tiene valor cuando responde y es controlada por todas las gentes; es, pues, verdad para todos, y todos pueden comprobarla, o deja de serlo, cuando se limita a una experiencia individual, y no es verdad para los demás. No obstante, existen realidades limitadas a pequeños grupos, si bien éstas cumplen el enunciado anterior; así, por ejemplo, es realidad la comunicación con los difuntos para un grupo espiritista de nuestra sociedad, aunque esta comunicación no sea realmente verdadera para la mayoría de las gentes que siguen negándola.

Esto cambia por completo si tratamos de referirnos a una sociedad primitiva: allí nuestro pensar lógico no existe, sus leyes mentales no sólo son diferentes sino que, inclusive, son corrientemente opuestas; allí la experiencia tiene valoraciones que siguen un curso difícil de imaginar y aun de controlar por nosotros, y en realidad no existe lo que llamamos deductiva experiencia individualizada; allí cualquier forma de experiencia tiene que doblegarse a lo que sea aceptado por las fórmulas colectivas y éstas

sólo adquieren y absorben aquellos hechos que no sean contradictorios a las formulaciones del grupo, aun cuando para nosotros sean contradictorias con los hechos físicos más comunes.

Entre los primitivos las experiencias individuales, sea cual fuere el campo de donde provengan, se suman a lo colectivo y lo refuerzan hasta tal punto, que se llega a lograr un cuerpo conceptual completamente impermeable a todo cuanto sea nuevo. El primitivo adquiere de diferentes campos todos aquellos elementos observables, pero valoriza principalmente aquellos que le permiten penetrar a su mundo unilateral, su mundo místico; es así como lo insólito y lo alucinatorio establecen un camino de penetración, de contacto para la comprensión de ese mundo lateral donde se desarrolla la vida de los ya difuntos y de los ancestros míticos. Pero tanto lo insólito como lo alucinatorio ofrecen grandes dificultades de comprensión, y siempre y a causa de ello se hallan envueltos por una sensación angustiosa cuya interpretación obliga al grupo a desarrollar un complicado conjunto de prácticas que le permiten descubrir qué es lo que se encierra, o se esconde detrás de estas representaciones enigmáticas.

Entre todos los medios de que el primitivo dispone para penetrar en el mundo de la realidad mística, el que mayor valor tiene es el sueño. Efectivamente, en este proceso de los sueños, los seres invisibles del mundo de los muertos se hacen tangibles y son *experimentos* como realidades de valoración individual, y a la vez, por traspasso, de valoración social colectiva. Los sueños son experiencias que confirman la existencia de este mundo sobrenatural que complementa el todo y que cierra el continuo de la vida material ordinaria, dentro de la cual se inmiscuye tan completa y continuamente el otro mundo, que ni un solo acto puede concebirse por fuera de dicha estructura.

Siendo los sueños la forma privilegiada por excelencia de la experiencia mística de los primitivos, adquieren una importancia capital en su vida, y ésta ha sido hasta tal punto universal, biológica y extraordinaria, que la vemos llegar hasta nuestra propia mentalidad evolucionada. Para nosotros, los sueños, aun cuando dejen de tener valor de experiencias y por lo tanto dejen de representar realidades objetivas, arrastran tal cantidad de elementos de nuestro pasado social, que constituyen también una continuidad, casi la única que nos reúne con las formas ancestrales de la psicología colectiva de los primitivos. Se debe a Freud y a su escuela el habernos llevado a reconocer los paralelos exis-

tentes en este campo, de cuya investigación no se han obtenido aún todas las conclusiones posibles y donde parece descartarse en forma cada vez más elocuente la existencia de un fondo biológico común a nuestra especie, fondo que vuelve a manifestarse rápidamente y en forma de *primitivo* cuando el individuo completamente evolucionado da el gran salto atrás que la neurosis permite realizar, fondo que se manifiesta continuamente en el terreno de los deseos-necesidades subconscientes de los individuos de nuestra sociedad.

De igual manera que el mito es *verdad*, que es realidad verdadera en un momento dado del desarrollo histórico de una sociedad, los sueños muy ligados y afines al mito son para la mente del primitivo no sólo verdades sino la fuente por excelencia de las verdades; y esta verdad indiscutible de los sueños jamás podrá destruirla rápidamente nuestro pensar lógico, que, por otra parte, tampoco logra destruir al mito; sólo un largo transcurso histórico logra substituir la verdad de los sueños por la verdad mítica, y, mucho más tarde, después de otro larguísimo proceso histórico, la verdad mítica irá siendo socavada por la verdad que proporciona la experiencia junto a la deducción lógica, proceso este último al cual asistimos aún y que ni una sola de las sociedades existentes ha logrado por completo, aun cuando algunas se hallen muy cerca de ello desde hace un gran lapso de tiempo.

El valor real de los sueños es indiscutible para el primitivo durante la larga etapa de la mentalidad mística; luego, en su evolución posterior, vemos aparecer los sueños como fuentes de angustia, de igual categoría, como antes lo fueron las formas de lo insólito o las formas de lo alucinatorio; más tarde, en procesos evolutivos más avanzados, se logra aminorar esta angustia y las sociedades van abandonando poco a poco aquellos mecanismos que pusieron en marcha para interpretar el significado de los sueños y librarse así de la carga angustiosa; pero aún en las sociedades que logran esta etapa final, vemos reaparecer la forma angustiosa en todos aquellos individuos que, separándose del conjunto social para penetrar en el terreno de las psicosis, regresan rápidamente a las formas primitivas de la estructura mental.

En todas las sociedades de primitivos hallamos la existencia de un examen crítico de los propios sueños. Los sueños personales son inmediatamente sometidos a dicho examen, el cual se dirige prácticamente en un solo sentido, tratando únicamente de

obtener la interpretación, primeramente en relación consigo mismo, y, más tarde, la validez de dicha interpretación para su propio grupo. En esta forma jamás vemos aparecer preocupaciones que pudiéramos pensar derivadas de necesidades de conocimientos de fondo psicológico o filosófico, y mientras que esto es uniforme y común para todos los primitivos, aparece, en cambio, una gran diferenciación en cuanto a las formas de y para interpretar estos sueños; es más: en algunas sociedades, veremos aparecer una clasificación que divide los sueños en diversas categorías, y en grados de mayor evolución vemos cómo se concede sólo importancia social o individual a un determinado grupo de sueños. El análisis de este último hecho nos permite afirmar (por hoy) que no únicamente las formas de clasificación de los sueños son diferentes, sino que el contenido de los grupos de sueños que se toman en consideración también varía de una sociedad a otra. Un análisis comenzado en este sentido, pero aún en elaboración, nos hace pensar en la existencia de categorías mentales colectivas, diferenciadas de igual forma que los tipos psicológicos individuales existentes.

Al analizar los sueños en las sociedades primitivas, vemos destacarse inmediatamente un hecho común; hallamos siempre un acentuado carácter efectivo, y, así, todo sueño que no produzca miedo o esperanza, no tiene valor alguno, ni el primitivo lo toma en consideración; sólo cuando se manifiesta este carácter angustioso (por poco acentuado que sea), sólo cuando el sueño predispone el disparo de una tensión emotiva, vemos desarrollarse una acción consecuente. Esta acción podrá verse en direcciones diferentes en cada sociedad pero en todas presenta un carácter común, un rasgo general que la hace inclinarse hacia una función casi religiosa. En efecto, lo más general es que desempeñe inmediatamente la función reveladora, función que podemos considerar, sin miedo a error alguno, como origen de toda experiencia.

Los sueños son, pues, muy comúnmente para el primitivo, el único medio de comunicación individual con el totem, o con sus ancestros míticos, y por lo tanto adquieren categoría de experiencia objetiva por excelencia (ya que en ellos, estos elementos no existen jamás como subjetivos) y así estas o esta experiencia adquiere además de su categoría real de verdad, otra categoría de mística, a través de la cual se mantiene la continuidad con el período mítico de los orígenes del grupo. Es común para una gran mayoría de pueblos la unidad (tan bien observada entre los

australianos) de las palabras que expresan totem, período mítico, tiempo mítico, espacio mítico, hecho que a veces deja de ser una unidad, y si entre los australianos es una sola palabra indiferenciada, en otros pueblos puede presentarse en una misma forma radical; pero lo más sorprendente del hecho es que esta palabra única o este radical significan también sueño entre estos pueblos.

Vemos también que los sueños equivalen a revelación, presagio, advertencia, consejo, sugerencia, aviso, etc., todos los cuales son directamente emanados de este mundo lateral, al cual por esencia pertenecen y con el cual son una misma cosa; para ello, los sueños adquieren grande importancia, tanto social como individual, y por lo mismo en muchas sociedades los sueños son el único o casi único medio de entrar individualmente en contacto con este mundo existente, real, pero invisible en estado de vigilia. A causa de ello se manifiesta un interés primordial destinado a provocar sueños, ya sea recurriendo a medios psíquicos o a simples medios mecánicos, tanto individual como colectivamente, y, así, el sueño individual llega en ocasiones a invalidar ciertas actividades de todo el grupo, pues jamás se decidirá a emprender una determinada empresa si el sueño de alguno de sus individuos revela por anticipado que va a malograrse o que tiene limitadas posibilidades de éxito, mecanismo que hace a veces que todo el grupo se disponga a soñar un mismo y determinado tema a fin de prever los resultados de una actividad colectiva como la guerra o la pesca. Más aún: hace que el primitivo solicite de individuos extraños a su grupo, que sueñen de acuerdo con sus necesidades, pues aun los sueños de los extraños tienen el valor eficaz de la verdad, que es inmanente a todo sueño, sea cual fuere su origen.

El sueño se transforma así en un elemento consultivo, cuyo valor principal deriva no sólo de la verdad indudable que representa sino que se tiene en cuenta especialmente por proceder y estar dirigido por este mundo lateral donde moran los difuntos y los ancestros. Al margen de otros sistemas de adivinación, lo veremos persistir hasta etapas muy superiores en el desarrollo cultural, conservando la mayoría de sus valoraciones primitivas; pero de la observación de estos hechos puede deducirse que a mayor primitivismo mayor valoración tangible tienen los sueños.

Algo más tarde en el desarrollo social progresivo, vemos aparecer los sueños como experiencia personal creadora. En efecto, poco a poco el carácter de los sueños individuales va siendo base de partida de una actividad creadora, la cual, a su vez es

aceptada como verdad individual, y nadie dudará de dicha realidad en cuanto al individuo se refiera, si bien simultáneamente la experiencia mítica seguirá manteniéndose como propiedad colectiva y continuará siendo verdad indudable e inmutable. Es en este punto crucial cuando vemos aparecer dos direcciones de la experiencia. A la vez se destaca en este momento su hecho que consideramos de importancia capital y es que ambas experiencias, la individual creadora y la mítica colectiva (con carácter aún mítico), son especies homogéneas, son, en realidad, verdades que pertenecen cada una a un lugar propio y diferente del de la otra y que, por lo tanto, no se excluyen aun cuando sean contradictorias.

Si recordamos ahora que ningún individuo forma parte real de la sociedad hasta que ésta lo haya aceptado; si pensamos que las actividades del no iniciado no necesitan control social alguno, ya que realmente sólo en rarísimos casos la sociedad será responsable en forma colectiva por las actividades de estas gentes, y teniendo en cuenta que estos actos casi nunca acarrearán responsabilidades fuera del grupo familiar, nos será fácil comprender que los sueños de los niños y de los no iniciados carezcan de valor; pero estas situaciones vienen a cambiar por completo en un gran número de sociedades primitivas, donde existe la preocupación de provocar un sueño de especial importancia antes de la iniciación del individuo, sueño que si no llega a realizarse, haría imposible dicha iniciación, y así el sueño adquiere precisamente la importancia enorme de servir como elemento único de introducción a la sociedad. En estas sociedades, si admitiésemos el supuesto utópico de que un individuo de la tribu fuese incapaz de soñar, resultaría que nunca sería posible que éste llegara a formar parte del grupo, hecho que realmente sucede con aquellos individuos sordo-mudos que sólo conviven vegetativamente entre los demás. Estos sueños de iniciación, típicos especialmente entre las sociedades de Norteamérica y en pequeños grupos del Amazonas, nos permiten establecer la existencia de una división de categorías entre sueños de contenido individual y sueños de contenido social. Los últimos adquieren grande importancia y constituyen a la larga un sistema constructivo social de adquisición de poder; así, el poder individual adquirido por medio de un sueño de iniciación, se transforma y se valoriza como poder colectivo del grupo; por este sistema, numerosas sociedades americanas desean, ayudan y propician esta clase de sueños individuales,

y en ellas el sueño del iniciante anterior a su iniciación completa es el que dará conformación verdadera del poder adquirido por el soñador, el cual, según sea el contenido soñado, adquiere un potencial determinado que le permite ciertas ventajas sobre los demás —ventajas de cacería, de guerra, de poder para curar determinada enfermedad, o en facilitar tal o cual actividad del grupo—, ventajas que abarcan todos los órdenes, desde el más material hasta las formas más espiritualizadas, y así vemos aparecer un nuevo campo de experiencia, una nueva verdad de la que el grupo adquiere conciencia por el carácter revelador del sueño originario. Conviene advertir, sin embargo, que el contenido de estos sueños es controlado socialmente, y que dicho contenido se mueve exclusivamente dentro de límites muy precisos y determinados desde tiempos inmemoriales, en tal forma que cualquier sueño que se saliese de las variantes colectivamente estereotipadas no tendría valor como adquisición de poder, aun cuando su contenido sea considerado por todos como verdadero e indiscutible.

Es notable observar que en estos grupos el sueño sólo tiene valor social cuando su contenido no crea nuevas formas, diferentes de aquellas socialmente aceptadas, pero el hecho de que dichos sueños carezcan de un valor total, no significa en ningún caso que su contenido se ponga en duda, y ello permite que muy a la larga, lentamente, vayan modificándose los mismos contenidos cerrados. Así todos aquellos sueños que se acomodan a la representación imaginaria de él (como sueños de formas colectivo-míticas) son seriamente considerados por el grupo, y aquellos otros que salen de dicho campo son comúnmente motivos de risa o de ridículo aunque en ningún caso de contenido absurdo, categoría ésta que no concibe el primitivo. Pero en un momento determinado empiezan a ser aceptadas colectivamente las nuevas formas; es una etapa del desarrollo que rasga la envoltura enquistada del grupo, que tarda mucho y que, a veces, jamás se logra. Vemos cómo en muchas sociedades estas nuevas formas son transmitidas durante generaciones y generaciones y que, aun cuando son consideradas como verdades indudables, no han penetrado, sin embargo, a la categoría de verdades míticas: nadie duda de su veracidad, pero pertenecen a otro lugar especial, diferente, son verdades generalmente fuera del tiempo o a veces verdades de tiempo no verdadero, de tiempo inexistible o inexistente. En resumen, son verdades sociales creativas que empiezan a valo-

lizar la utilidad de la creación individual, como constructiva para nuevas formas sociales del grupo. Así muchas sociedades adquieren por el contenido de los sueños, nuevas canciones (caso típico de Norteamérica), que previenen a veces del relato del sueño que tiene forma de expresión musical; la importancia social se deriva del hecho de que dichos cantos adquiridos a través de lo soñado van asociados al poder de los espíritus.

Poco después aparecen nuevas utilizaciones constructivas, formas vertidas a la ordenación de las estructuras sociales, como entre ciertos grupos norteamericanos de México, donde hallamos un viejo encargado de nombrar a los funcionarios en una forma curiosa (también repetida en el Egipto proto-histórico, según referencias de historiadores extranjeros).

Este personaje, generalmente de avanzada edad, prepara un sueño, y la primera persona aparecida en él será la destinada a ocupar el cargo determinado; no obstante el sistema de elección, ésta puede ser refutada por los demás individuos del grupo, los cuales encargan entonces otro sueño para ver quién es el nuevo favorecido. Este viejo Huichol repetirá la operación hasta que uno de los elegidos sea aceptado por todos; se consigue así un nombramiento democrático, pero en cuya base hallamos el carácter esencialmente revelador de los sueños. Aunque esto sea un ejemplo menos universal, hallamos variantes en infinidad de pueblos y encontramos también el carácter universal de utilizar iguales mecanismos para obtener nuevas situaciones sociales.

Un rasgo universal que se destaca en todas las sociedades donde advertimos el sueño utilizado como elemento constructivo, es que siempre se cumplen dos condiciones incluíbles: primero, la utilización de sólo aquellos sueños cuyas imágenes correspondan al contenido mítico; segundo, que el valor objetivo de las experiencias derivadas de los sueños es un valor de creencia.

En lo citado para Australia, hemos visto que el período mítico y el período del sueño son siempre una misma cosa. Los dos estados no se oponen en el tiempo y significan simplemente una manera de indicar la prioridad sobre el tiempo actual. A la vez, el sueño es, al decir de Levi-Bruhl, un común denominador para todos los hechos relacionados con aquella vida anterior; en realidad, lo que sucede es que el lugar y la realidad representados en los sueños se desarrollan dentro del mismo período mítico, a donde regresan sin contradicción el tiempo tiempo real, resultando que, de igual manera que nuestros neuróticos, regresan ambos

por medio de etapas genitales o pre-genitales o a tiempos ancestrales.

Otro factor importante se destaca en la observación de los hechos anteriores: siempre hallamos en el sueño una asociación imaginativa cuyo origen es probablemente biológico, en virtud de la cual los sueños tienden en dirección opuesta a la que conduce a la abstracción; por esto logran valor de realidad para el primitivo, mientras que para nosotros sólo han adquirido este valor en fecha muy reciente, cuando, partiendo de verdaderas abstracciones, las escuelas psicoanalistas han logrado recuperar las otras verdades que los sueños encierran. Pero en el análisis de nuestros propios sueños hallamos con sorpresa un regreso a la manera atávica del pensar primitivo. En toda la antigüedad histórica vemos, como el intérprete de los sueños, el hecho de que una cosa puede significar su contraria y hallamos como norma común la aceptación de que los términos opuestos jamás se excluyen ni se contradicen. Debemos a Freud la observación de que la manera como el sueño presenta las categorías de la oposición y de la contradicción es particularmente sorprendente; el sueño, realmente, no explica, sino que parece ignorar el *no*, logra reunir los contrarios y representarlos inclusive en un solo objeto; así llega a representar muchas veces un elemento cualquiera por su contrario, de tal forma que el psicoanalista a veces no podría saber si un elemento del sueño, susceptible de contradicción, traduce un contenido positivo o negativo en el pensamiento del sueño y, precisamente, debido a este mecanismo que el psicoanálisis descubrió, obtenemos una base esencial de las posibilidades enormes que tiene para las culturas no lógicas la interpretación de los sueños. Para el primitivo el valor de los sueños hemos visto que deriva de la doble vida o que corresponde a esta relación ambivalente muertos-vivos, mundo físico tangible y mundo lateral invisible, pero a la vez tangible y penetrable gracias a los sueños; es la relación entre la vida dormida y la despierta, que equipara la propia vida de los durmientes. Es aquí, en este campo ambivalente real y verdadero, continuamente sentido por el primitivo en su expresión mítica, donde se hacen explicables los fenómenos de bipresencia que nuestro pensar lógico no puede aceptar como verdaderos; es, a la vez, la multipresencia, que para nosotros es casi inexplicable y que para el primitivo constituye un elemento no sólo natural sino obligado, sin el cual nada podría existir, sin el cual sus conjuntos dejarían de ser comprensibles.

Hallamos entre los primitivos sorprendentes contradicciones de espacio, de tiempo, de concepto lógico, contradicciones que realmente jamás han existido para él, pero que los ernógrafos tardaron años en comprender. Mientras que para nosotros el concepto abstracto no necesita de su opuesto dialéctico para ser comprendido, pudiendo así decir *pequeño*, sin necesidad de hablar de *grande*, para el primitivo este concepto se planteará únicamente por oposición, y será posible (y sorprendente para nosotros) ver que ciertas lenguas dicen *pequeño-grande* y que la acentuación de uno de los términos es lo que les permite saber cuál de los dos sentidos es el empleado.

W. James, al referirse a la consciencia, afirma que en la historia ningún elemento nuevo, ningún factor que no estuviera presente al principio, se introduce en etapas posteriores, y partiendo de una construcción similar, Freud llegó a la conclusión de un evolucionismo-mecanicista, que supone, o mejor, implica que las manifestaciones actuales no sólo están condicionadas por el pasado sino que no contienen nada nuevo: “nada verdaderamente nuevo se creará en el proceso de desarrollo”, destacándose como conclusión final que “cuanto vemos hoy entre nosotros es simplemente lo viejo bajo otra forma”. Por eso en su libro *Totem y Tabú* declara que la vida psíquica de los primitivos es notable porque representa pre-estados bien conservados de nuestro propio desarrollo. Aun cuando esto parezca por el momento apartarse de nuestro tema, queremos añadir aún otro elemento básico de las escuelas psicoanalistas, que han establecido cómo el carácter y las neurosis son moldeados por las experiencias tempranas en un grado hasta ahora insospechado. Ahora bien, las tres direcciones de trabajo anteriores han tenido y seguirán teniendo una importancia extraordinariamente revolucionaria, no sólo para la psiquiatría y la educación, sino también para la etnología, y a sus posibilidades de interpretación recurriremos ahora para analizar algunos elementos que hemos visto desarrollarse paralelos al sueño.

En los primitivos vemos aparecer una manifestación de angustia que acompaña siempre a los sueños, a lo insólito o a lo alucinatorio: ella corresponde a la llamada angustia básica, que se define como un sentimiento de desamparo ante un mundo potencialmente hostil, y casi sin exageración podemos decir que toda la vida del primitivo se desarrolla envuelta por esta angustia, que se manifiesta especialmente en las situaciones posterior-

res al sueño. Contra esta angustia el primitivo trata de levantar toda clase de defensas, pero a la vez ella es el resultado del fracaso de los artificios específicos de seguridad que no actúan o que se teme que no actúen; ello hace que el primitivo tema ciertos peligros virtuales y que inmediatamente desarrolle, como nuestros niños, tendencias neuróticas que le permitan enfrentarse al mundo con cierto grado de seguridad, si bien el primitivo utiliza para ello fórmulas no personales, cuyo contenido colectivo, socialmente controlado, hace que no se presente la forma individualizada de nuestros enfermos, sino una forma que, siendo prácticamente igual para todo el grupo, difumina el conjunto y hace más difícil su percepción para nosotros; en esta forma sus manifestaciones, prácticamente indiferenciadas, nos llevan a la falsa conclusión de que entre los primitivos no existen formas psicopatológicas.

Por lo demás, el primitivo actúa igual que los individuos más evolucionados, y el mecanismo de intromisión-angustia se ve acentuado casi igual como podemos observarlo en un neurótico; es como hallar entre los primitivos un tipo detentivo que recapacita angustiosamente después de habernos contado detalles realmente insignificantes de su propia vida y en especial cuando ha referido algo que afecta directamente sus sentimientos.

Resulta que el primitivo, como experimenta mayor angustia que un individuo mentalmente sano y evolucionado, tiene por lo mismo que gastar una cantidad extraordinariamente mayor de energía, a fin de conservar su propia seguridad, que es a la vez la seguridad de su propio grupo. Esta necesidad de obtener su tranquilidad contra la inquietud en continuo acecho, deja una señal en todas sus actividades que revisten así un carácter impulsivo de extraordinario vigor y tenacidad; esta fuerza impulsiva que siempre nos sorprende al observar las actividades de los primitivos, depende tanto del proceso de angustia como de las grandes dificultades que tiene para obtener la satisfacción compensadora; al igual que en un neurótico, el principio del goce es la norma directriz del primitivo, y éste se halla en todo momento dispuesto a alcanzarlo, a obtener satisfacciones inmediatas sea al precio que fuere; su tenacidad libidinosa nos sorprende, ya que para nosotros el precio que el primitivo paga por su satisfacción nos parece siempre muy superior al goce obtenido o, lo más sorprendente, es que confrontamos igual situación cuando observamos nuestros neuróticos.

Analícemos finalmente el ambiente modelador. Sabemos que entre los factores de ambiente lo que mayor importancia reviste para la formación del carácter es la clase de relaciones humanas entre las que crece el niño. Se ha podido observar y demostrar que en un ambiente uniforme y de pocos cambios, como es el caso de una sociedad primitiva, no se plantean psicosis individuales, o bien, que si éstas se plantean, son tan iguales para toda la gente del grupo que adquieren un carácter de psicosis colectivas. Partiendo de esta realidad nos será permisible hablar de sociedades, de grupos primitivos que es necesario definir como verdaderos casos de psicosis colectiva. Con ello el problema planteado al psicoanálisis y la acusación de absurdo por comparar a nuestros neuróticos con los estados sociales primitivos, deja de tener valor, si aceptamos, como la observación nos obliga a hacerlo, que existen grupos sociales cuyas fórmulas mentales representan verdaderos estudios de enfermedad. Existen realmente no sólo individuos neuróticos, sino también sociedades neuróticas.

No creo, ni con mucho, haber agotado el tema; el campo abierto a la investigación es enorme y casi inexplorado. La siguiente bibliografía contribuirá a obtener una visión más clara del problema que nos hemos planteado y en ella se hallarán pruebas más que suficientes para demostrar la existencia de los hechos que hemos tomado como base del presente trabajo. Tampoco esta bibliografía es completa y en realidad sólo se refiere a elementos tratados aquí; en los mismos libros citados podrá hallarse la ampliación bibliográfica hasta su máxima extensión. Las investigaciones sobre este tema se continúan en un trabajo de seminario del Instituto Etnológico Nacional, y es de esperarse una amplia publicación monográfica, con los resultados definitivos.

BIBLIOGRAFIA

Levy-Bruhl (L.) *Les fonctions mentales dans les sociétés inferiores*. Alcan. París. *L'ame primitive*. Alcan. París. *La mentalité primitive*. Alcan. París. *L'e surnaturel et la nature dans la mentalité primitive*. Alcan. París. *L'experience mystique et les symboles chez les primitifs*.

Hertz (R.) *Melanges de sociologie religieuse et folklore*. Alcan. París.

Horney (K.) *El nuevo psicoanálisis*. Fondo de Cultura. México.

Frazer (J-G.) *La rama dorada*. Fondo de Cultura. México.

Benedict (R.) *El hombre y la cultura*. Sudamericana. Buenos Aires. *Cultúre and the abnormal*. Journ. of gen. Psych. 1934, I, 60-64.

Van Gennep (A.) *Les rites de pasage*. París.

Howitt (A. W.). *The native tribes of South-east Australia*. New York.

Murphy (G.) *Approaches to personality*. New York.

Sapir (E.) *Journal of abnormal and social psychology*. XXVII, 1932.

Dewey (J.) *Human nature and conduct*. New York.

Von Den Steinen (K.) *Unter den naturvolkern brasileiens*. (Citado repetidamente en los textos de Levy-Bruhl, que anunciamos en esta bibliografía, al igual que las citas bibliográficas siguientes, con excepción de las obras del S. Freud).

Tennant Kelly (C.) *Tribes of Cherburg stetelement Queensland*. Oceanía, V.

Eikin (A. P.) *Totemism in N. W. Australia, Oceanía*. III. *Social organization in the Kimberley Division*. Oceanía. II.

Mac Connel (U. H.) *Myths of the Wik-Munkan and Wik-Natara tribes*. Oceanía. VI.

Thomson (D. F.) *The hero cult, initiation, and totemism on Cape York*. Journ. of the Roy. Anth. Inst. LXIII.

Hallowell (J.) *Some empirical aspects of Northern Sauteaux religion*. Amer. Anth. XXXVI.

Staden (H.) *Viaje y cautiverio entre los caníbales*. Buenos Aires.

Harrington (A.) *A Luma account of origins*. Jour. of Amer. Folk.

Forde (C. D.) *Ethnology of the Yuma Indians*. Pub. of Univ. of Calif. Press.

Freud (S.) *Obras completas*.